

## DE FREGE A WITTGENSTEIN: SOBRE LOS NOMBRES

Luis A. Camacho

Es propio de los filósofos complicar aquello que cae en sus manos, a veces sin suficiente necesidad. Ocurre con frecuencia que la atención prestada a objeciones y dificultades oscurece el trabajo originalmente hecho, y los resultados quedan comprometidos por el deseo de obtener una perfección que quizá no nos esté reservada a los mortales.

En las líneas que siguen se pretende hacer ver que tal es el caso de las elucubraciones a propósito de los nombres. Desde la antigüedad el tema de los nombres ha sido examinado por los filósofos. En primer lugar, como un camino para resolver el problema de la significación, ya que el nombre propio dotado naturalmente de significación por la referencia al ente nombrado constituye un modelo muy sugestivo para construir una teoría completa de la significación. Así lo manifiesta el *Teeteto* de Platón. Por otro lado, el análisis de las proposiciones del lenguaje ha sido parte del análisis filosófico también desde hace bastante tiempo. Es en los últimos siglos, sin embargo, cuando se juntan clasificaciones de proposiciones y análisis de cada tipo con el propósito de rechazar posiciones que a juicio de los así llamados analíticos equivalen a construir castillos en el aire. No son nuevas las clasificaciones detalladas de tipos de proposiciones; ciertamente las encontramos en autores antiguos, por ejemplo en un Alberto Magno, quien en sus comentarios a los *Análíticos Posteriores* incluye una larga clasificación de proposiciones (imitatoriae, aperte falsae, mediatae, opinabiles, receptibiles, putabiles, assimilatoriae, primae, sensibles, experimentales . . .) No obstante, la aplicación de análisis de proposiciones a la solución de problemas típicamente filosóficos es relativamente reciente, y alcanza en tiempos aún cercanos un desarrollo notable en autores como Frege, Russell y Wittgenstein. Aparte de estos tres filósofos, en quienes la problemática de los nombres ocupa un lugar central, mencionaremos a Lewis Carroll, autor de *Alicia en el país de las maravillas* (1865) y *A través del espejo* (1872). En esta última obra, en particular, aparecen temas relacionados con

los nombres, en textos que constituyen una buena ambientación con el asunto.

Nuestro trabajo trata de demostrar una hipótesis: que el planteamiento seguido en el tema de los nombres, como camino para aclarar el contacto entre lenguaje y realidad, y dentro del cual se encuentra el *Tractatus*, cae en paradojas casi insalvables. Al recorrer de nuevo el camino seguido, en particular en el período histórico que mencionamos, nos encontramos con que el planteamiento presupone una distinción demasiado tajante entre lo analítico y lo sintético, y entre lo que sería objeto de la filosofía en cuanto opuesto a lo propio de las ciencias. Presupone, además, un modelo lógico proposicional y una lógica bivalente en forma predominante. Al volver atrás, conviene ante todo tener claro qué es lo presupuesto en el análisis de los autores mencionados, para así hacer una lista de posibles caminos alternativos a seguir.

Empecemos mencionando la interesante obra *A través del espejo*, donde se nos presentan algunas peculiaridades de los nombres. Nos encontramos, por ejemplo, a Alicia en una conversación muy animada con un mosquito, en la que éste le pregunta a la niña de qué clases de insectos disfruta en el lugar de donde procede. “No disfruto en absoluto de los insectos” —replica Alicia— “porque más bien les tengo miedo, por lo menos a los grandes”. “Pero puedo decirte los nombres de ellos”. A lo que el mosquito contesta, en forma distraída, que supone que dichos insectos responden a sus nombres. “Nunca imaginé que lo hicieran” es la respuesta de Alicia, que ya a esta altura del libro ha visto y oído suficientes cosas extrañas como para no alarmarse ante una más. “¿Para que sirve ponerles nombres?” —replica el mosquito, “si no responden a sus nombres?” La respuesta de Alicia diríamos que es instrumentalista desde el punto de vista del que nombra: los nombres no serán útiles para los mosquitos y otros insectos, pero sí para las personas que los nombran, que así podrán entenderse. El mosquito entonces recuerda a Alicia que hay un bosque

cerca, en el valle, donde las cosas no tiene nombre. Sería muy interesante —argumenta entonces el insecto— que Alicia se las arreglara para volver a su casa sin nombre, pues entonces no podrían llamarla para sus lecciones. “No serviría de nada, ya se encargarían de llamarme de alguna otra manera”. Posteriormente, en el bosque donde las cosas no tienen nombre, resulta que Alicia encuentra un venado, y ambos han olvidado sus respectivos nombres, como era de esperar. Mientras caminan juntos por el bosque todo sale bien, y se entienden uno con el otro. Pero cuando salen del bosque de pronto el venado recuerda el nombre del ser que lo acompaña, el nombre a su vez le hace ver que se trata de algo peligroso para el animal. Este se alarma, da un gran salto, y se aleja huyendo. En estas dos referencias encontramos, primero, el carácter funcional de los nombres para referirnos a cosas existentes de tal modo que estando presente aquello que es nombrado incluso si el nombre desaparece habrá necesidad de inventarse otro. En segundo lugar, la escena del bosque donde se olvidan los nombres afirma que los nombres tienen sentido (connotación) y no solo referencia (denotación), puesto que conociendo el nombre el venado se aleja de aquel ser que espontáneamente consideró confiable.

Connotación y denotación: he aquí el modo de plantear el problema de la significación y, por tanto, de los nombres. No es, sin embargo, el modo o planteamiento originario. Detrás de todo esto se encuentra algo más básico: ¿cómo es posible que a través del lenguaje podamos alcanzar la realidad? Si el lenguaje habla de la realidad, ¿en qué punto del mismo entramos en contacto con el mundo? Puesto que la teoría clásica enfoca los nombres desde el punto de vista de la denotación, parece lógico concluir que el significado de un nombre propio es simplemente aquello cuyo lugar ocupa. Todos sabemos la objeción estándar: ¿qué ocurre cuando no corresponde nada actualmente existente al nombre utilizado? Sigue éste siendo un nombre, y en tal caso, de qué es un nombre? La trayectoria filosófica que va del *Teeteto* hasta Russell y el *Tractatus* insiste en el carácter primario de la denotación en el nombre, como fundamento del lenguaje que puede llegar hasta la realidad objetiva. Ante la objeción anterior, la solución más simple consiste en atribuir el noble carácter de nombre a unos pocos candidatos muy cualificados, negándolo a la inmensa mayoría de los así llamados nombres en el lenguaje ordinario.

En Stuart Mill el planteamiento es igualmente

clásico al respecto: los nombres solo tienen denotación, no connotación. Habría que buscar entonces los verdaderos nombres. Pero incluso si los encontramos aún siguen presentándose problemas. Uno de ellos es el de la identidad. Si solo tenemos denotación, ¿qué estamos haciendo cuando afirmamos la identidad de dos cosas, cuando decimos  $a=b$ , y ambos términos son nombres? De ahí que Frege, que analizó detenidamente la identidad e introdujo su elaborada distinción entre *Sinn* y *Bedeutung* en el contexto de la distinción entre la identidad tautológica y la fáctica, prefiera darle un importante vuelto al asunto. Además de nombres y de objetos a los que aquellos se refieren es necesario establecer firmemente el sentido (*Sinn*), en virtud del cual, y solo en virtud del cual, un nombre se refiere a los objetos. Mientras que en la teoría referencial de los nombres, lo primero —y ojalá lo único— que hacen estos es nombrar, en Frege lo principal es describir y lo secundario nombrar. Todo nombre tiene sentido esencialmente; tienen referencia, además, si y solo si hay un objeto que satisfaga ese sentido. En Frege las proposiciones también tienen referencia y son considerados, por consiguiente, como nombres. En su obra *Consideraciones sobre el sentido y la referencia* (1892-1895) nos dice que la mencionada distinción puede aplicarse o bien a nombres propios o bien a términos conceptuales. La referencial de un nombre propio es el objeto designado. Los nombres propios pueden reemplazarse si tienen la misma referencia.

Se ha intentado asustar a Frege y los fregeanos invocando el fantasma de las ideas platónicas. El argumento es más o menos el siguiente: si los nombres tienen referencia, y las proposiciones son nombres (Frege incluso postula la existencia de ‘Lo Verdadero’ y ‘Lo Falso’ como referente de proposiciones), entonces habría que buscar referente —en el sentido estricto del término— a otras partes de la oración: verbos, preposiciones, adjetivos, adverbios, conectivas lógicas. Puesto que por otro lado el psicologismo es considerado igualmente vitando, la salida fácil de colocar la referencia en conceptos o imágenes de la memoria queda excluida antes de que el filósofo se atreva a mencionarlo.

En cuanto al *Tractatus*, recordemos que la noción de nombre va íntimamente asociada a la de *objeto*. El paralelismo es constante: así como los objetos se combinan en los hechos, así los nombres solo nos aparecen en proposiciones. Y así como las proposiciones expresan hechos, así los nombres se refieren a objetos. Los objetos son la sustancia del

mundo, aun cuando el mundo como tal es la totalidad de los hechos. Los nombres hacen posible el lenguaje, aun cuando nunca se den sino en proposiciones, que por lo demás no son simples agregados de nombres. Las proposiciones no son nombres; los hechos no son objetos.

Por la época del *Tractatus* Bertrand Russell dedicó su atención al tema de los nombres. Es difícil precisar las diferentes direcciones de la mutua influencia Russell-Wittgenstein: sin duda el *Tractatus* produjo gran impresión en Russell, pero a su vez Wittgenstein había quedado muy impresionado por su profesor de Cambridge. Russell, como de costumbre, combina varios problemas importantes. Por un lado el del método: de qué modo el análisis filosófico, que empieza tratando el modo como los seres humanos hablan del mundo, puede llegar a hacer alguna afirmación acerca de ese mundo. Por otro, el de la relación entre lenguaje y conocimiento, Russell volcó su atención hacia los nombres propios después de rechazar el carácter aparentemente nominativo de descripciones definidas. En la búsqueda de lo que fundamente el carácter objetivo del lenguaje, la primera impresión es que los nombres propios no comportan ningún carácter descriptivo. Pero es solo una impresión, pues Russell muestra que nombres propios tales como 'Aristóteles' son en realidad descripciones definidas ocultas. Si los nombres propios del lenguaje ordinario no tienen el lugar privilegiado que se les quería atribuir, entonces quizá haya otro tipo de nombres. Veamos entonces qué ocurre con los demostrativos del lenguaje, cuya función es apuntar hacia algo que se quiere mostrar, y de cuyo carácter nominativo nadie podría dudar. Fundamentar el carácter objetivo del lenguaje y el alcance real del conocimiento será entonces más fácil. La búsqueda termina pronto, pues enseguida "esto" y "aquello" aparecen como los candidatos más lógicos. Nombres propios lógicos, es la designación que Russell utiliza con "this" and "that" en inglés.

Dos problemas surgen entonces: (1) "esto" y "aquello" no nos llevan muy lejos, pues es demasiado poco para construir tanto como habría que construir, y (2) uno siempre podría preguntar "¿esto y aquello qué?", con lo que volvemos al punto inicial, a saber, el asunto del referente de un nombre cuya existencia ni siquiera se pueda dudar y que, por tanto, garantice el carácter nominativo de ciertas partículas del lenguaje mediante las cuales éste se conecta —se ancla, para decirlo poéticamente— en la realidad que nos circunda. La res-

puesta de Russell a la segunda pregunta, o problema, es bien conocida: el referente inamovible del "esto" y "aquello" son los datos de los sentidos, a partir de los cuales se construyen los objetos, bien sea como construcciones lógicas, o como inferencias hipotéticas para explicar la experiencia.

Aunque la solución de Russell es brillante, no por eso es perfecta. Un nuevo fantasma aparece en escena: el muy temido solipsismo, con cuya compañía pocos filósofos querrían vivir.

Volvamos al *Tractatus*. Podemos comprender mejor ahora la sofisticación de una de las obras más difíciles de entender. Por un lado tenemos objetos, en cuya esencia están sus posibles combinaciones en hechos, y por otro los nombres, cuyo referente son los objetos. Sin embargo, Wittgenstein no nos dice nada acerca de cómo identificar los objetos. Mucho se nos dice acerca de su papel y sus relaciones, pero el lector no encuentra en ningún momento un ejemplo de objetos, ni criterio alguno que él pueda utilizar para exlcamar gozoso algún día: "Eureka, he aquí un objeto de los que nos habla el *Tractatus*: "Wittgenstein tiene claro que nada sacamos con decir "esto" y apuntar a algo, así sin más. No podríamos saber a qué nos estamos refiriendo. Los nombres no tienen un uso fuera de las proposiciones y otro dentro de éstas —no se cansa de decir— sino que solo pueden usarse en el contexto de las proposiciones, del mismo modo que los objetos no tienen una existencia fuera de los hechos y otra dentro de éstos. Entendemos una proposición incluso si nunca la hemos oído antes (y, por esto, Frege no tiene razón cuando asimila las proposiciones a nombres) y, por consiguiente, de alguna manera tenemos que estar familiarizados con el referente de los nombres para poder manejar las proposiciones que nos hablan de los hechos cuya totalidad es el mundo. ¿Cómo podemos entonces alcanzar esa requerida familiaridad? Mediante las *dilucidaciones*, que no son descripciones definidas, ni definiciones ostensivas. Dilucidaciones son proposiciones, en cierto modo primitivas, en las que los nombres son usados más bien que mencionados. La identificación de la referencia de los signos primitivos de los nombres y la comprensión de las dilucidaciones no son dos pasos epistemológicamente diferentes, sino uno solo. En el momento en que comprendemos el sentido de una proposición, en ese momento sabemos a qué se refieren los nombres, aun cuando no nos topemos en el mundo con los objetos referidos.

Los nombres son signos primitivos (3.26), son signos simples (3.202), son símbolos simples

(4.241), no se pueden analizar (3.26), no se pueden definir (3.261), no pueden expresar el sentido (3.42), son indispensables para describir el mundo (5.526); las proposiciones elementales son combinaciones de nombres (4.22) pero no se reducen a nombres; los nombres solo tienen significado en el contexto de las proposiciones (3.), entran en las proposiciones en una forma que describe así: "el nombre se encuentra en las proposiciones solo en el contexto de la proposición elemental" (4.23); semejan puntos (3.144) y tienen relación con variables (3.314). Al usar las dilucidaciones para captar la utilización de los nombres parece que debe haber un grupo de proposiciones sobre cualquier objeto cuya verdad deba ser aceptada por quien habla del objeto, o por lo menos un conjunto de gestos que indique la aceptación de dicha verdad. Por otra parte, si tomamos en serio la opinión del *Tractatus* de que los nombres no pueden ser analizados más, entonces una afirmación de identidad no puede referirse a los objetos sino que más bien es una manera de indicar cómo usar los nombres. Por eso, la identidad de un objeto al que se refiere un nombre no puede ser afirmada antes de la utilización de dicho nombre en una proposición, ni tampoco antes de ponernos de acuerdo en cuanto a la verdad de alguna de dichas proposiciones. El uso del nombre es lo que nos da la identidad del objeto, más bien que viceversa.

Russell y Wittgenstein nos han llevado a dos paradojas:

(1) Después de tomar los nombres propios como modelo para construir la teoría del significado, y después de analizar qué condiciones deba tener un término del lenguaje para ocupar el lugar privilegiado que parecen ocupar dichos nombres propios, llegamos justamente a la conclusión de que los nombres propios no reúnen tales condiciones.

(2) Si se buscan referentes que garanticen la verdad o falsedad del lenguaje dotándolo previamente de significado, al estilo como lo hace el *Tractatus*, y se concibe esta empresa como una tarea analítica previa a toda investigación empírica, acabamos entonces en el terreno misterioso de los objetos del *Tractatus*, cuya realidad es tan indispensable que ni siquiera se podría plantear el problema de su existencia, ya que todo planteamiento lingüístico de este tipo presupone entender el significado de los términos, el cual en definitiva proviene de los objetos.

¿Qué ha fallado en estos análisis?

Sabemos que nombramos cosas por muchas y variadas razones, pero también sabemos que esta

tarea se nos impone porque nos encontramos en un mundo cuya realidad se nos impone. Incluso si desaparece el referente concreto de un nombre, no por eso desaparece el uso (Wittgenstein ya hizo notar eso en *Investigaciones filosóficas*): sabemos también que poseemos algo llamado memoria, que permite la utilización de los nombres aun cuando no estén presentes los referentes. No nos preocupamos de que se nos diga que esto es psicologismo; quizá un cierto grado de psicologismo es inevitable. Más aún: no se trata de psicologismo versus lógica, sino más bien de investigaciones con contenido empírico versus elucubraciones formales a priori. Si Wittgenstein no hubiera mantenido en el *Tractatus* que la filosofía es puramente análisis, que no da lugar a proposiciones propias, hubiera sucumbido a la tentación —muy provechosa para nosotros— de dar ejemplos o por lo menos criterios para ejemplificar objetos. Si hubiera tenido una concepción de la filosofía como conjunto de teorías e hipótesis muy generales acerca del universo, otra suerte hubieran corrido sus misteriosos pero fascinantes objetos. Los objetos fundamentan los nombres; los hechos, las proposiciones. Estas tienen que ser verdaderas o falsas ("fijan el mundo en sí o en no") y nuestro conocimiento se extiende por conectivas lógicas que dan lugar a complejos unidos por funciones feritativas. El modelo de la lógica proposicional, perfectamente tautológica, hace pagar un alto precio al análisis filosófico, pues le impide decir algo no tautológico acerca de los objetos.

Quizá no sea necesario identificar de una vez y para siempre los referentes de los nombres. Tal vez la afirmación de que el lenguaje nos permite hablar de un mundo real que tienen sus propias exigencias objetivas no implica la necesaria búsqueda de una clase privilegiada de términos cuyos referentes puedan mostrarse de un modo definitivo. Además, la complejidad empírica de los lenguajes debe incluir aspectos socio-económicos que los análisis anteriores olvidan. Ciertamente estos aspectos quedan excluidos a priori por el carácter del análisis llevado a cabo, pero esta caracterización depende en gran medida de una diferenciación demasiado tajante entre lo que hace el filósofo y lo que hacen los científicos.

Algo así fue lo que motivó el paso del *Tractatus* a las *Investigaciones*; tal vez algo de esto haya en el paso de Russell de su atomismo lógico a las posiciones posteriores en su larga vida.

En cuanto a nosotros, instintivamente comprendemos que algunos seres como los insectos no

responden a los nombres que les damos, mientras que otros como los gatos y los perros sí lo hacen; también comprendemos que si perdiéramos nuestros nombres no podríamos eludir la responsabilidad.

Más aún, comprendemos que no bastaría olvidar los nombres de las cosas para olvidar las propiedades de las mismas, así como tampoco bastaría con cambiar los nombres para cambiar la realidad que nos rodea.

*Victor J. Flory*

Almaba Aristóteles que, aún para negar la filosofía, es preciso filosofar. Esta inevitable circularidad del pensar filosófico pesa por eso ahora su rito, su pecado más grave.

Es que la época actual ha concluido los escrúpulos del caso; el siglo ya no consulta — ni se ve obligado a hacerlo — la venerable tradición que arranca de Sócrates; solamente la deja paecer en los debates académicos y en los estrados eruditos.

Quedan consagradas, no obstante, las ceremonias de un entierro de lujo; se reconoce que en aquella tradición cobó impulso la cultura occidental pero que la filosofía — en tanto escuela de comprensión o modo de vida — es a lo sumo una reliquia, un generoso macromonó.

Hoy por hoy, el hombre tiene otras preocupaciones. Para empezar, el pensamiento debe "realizarse". Por ejemplo, es imperativo (y esto es un axioma que pretenda ser elevado) conocer la realidad sobre la que se ha de operar o la que se quiere cambiar. Hasta se celebra la acrobacia de una inteligencia si permite idear nuevas estrategias de construcción — o destrucción — del universo entero.

Un dibujo promisorio de estas consideraciones contrasta que el pensar filosófico, como aprestamiento de los conceptos, es la "profitería" de una acción científica de la realidad. El "logos" contemporáneo es actuante; se ha despojamiento del hábito metafísico, al tiempo que captura las enseñanzas del método y el lenguaje de las ciencias. Para decirlo con retrospectión platónica, ha salido de la caverna a enfrentarse de una vez a la luz del día.

Tal dirección es, en su ausencia, compartida por la corriente anárquica como por los ortodoxos de la filosofía revolucionaria, cierto que con finalidades divergentes. Vale decir que su código comú — "hacer del pensamiento un arma útil" — decide el tono y el ritmo puerco de la verdad presente, en oposición a

No obstante la situación apócrifa, existe un hecho evidente que rebasa toda pura distinción y compromete al pensamiento en la separación elemental: la presencia de la crisis, esto es, el dato de "algo colocado en el centro de una identificación de espíritu" (1), usando los palabras de Norberto Bobbio. La crisis es pérdida de un código explicativo, de un fundamento que regule la conducta humana. Y en nuestra época, algo más que eso es el ritmo desesperante que reproduce y agota el vacío hasta convertirlo en carrera, urgencia y fatalidad. Por eso, no sólo es un suceso del tipo más raro un acontecimiento global, ante el que las fuerzas naturales poco y nada pueden hacer, sino también, si toma, así, los prestigios de la naturaleza, el hombre, habiendo acumulado un enorme poderío material, se siente extraño a sí mismo, involucrado a una búsqueda sin objeto. Ya sea que opte por una actitud de heroísmo o se desborde por la penitencia de la melancolía, es improbable que conquere por estos y otros medios la hostilidad de una crisis que no admite comparación en la historia de su desarrollo.

Si quisiéramos, escapando por igual de sutilezas y efectos, denunciar el origen del Proceso nos contrariaríamos los argumentos de la pereza: el hombre mismo es el autor de su crisis — ¿quién digo? — la crisis se fue generando independientemente en la cunilla de la civilización y procreó "el" hombre, contestarían otros. Volvemos a las razones del huevo y la gallina!

En este ámbito de mundo-respuesta, las promesas optimistas de la Revolución ideal, los valores postulados del humanismo, las esperanzas de la ciencia y la simple apatía o la trascendente son gestos disipados por el vértigo de un devenir sin rumbo. O, mejor aún, de "un timonel apático, ciego para su tierra".